



HAL
open science

Nombre propio, trabajo y reproducción social en el Chaco boreal contemporáneo

Nicolas Richard

► **To cite this version:**

Nicolas Richard. Nombre propio, trabajo y reproducción social en el Chaco boreal contemporáneo. Capitalismo en las selvas. Enclaves industriales en el Chaco y Amazonía indígena (1850-1950), Ediciones del Desierto, pp.182-203, 2015, 978-956-9693-02-1. halshs-01249738

HAL Id: halshs-01249738

<https://shs.hal.science/halshs-01249738>

Submitted on 14 Jan 2016

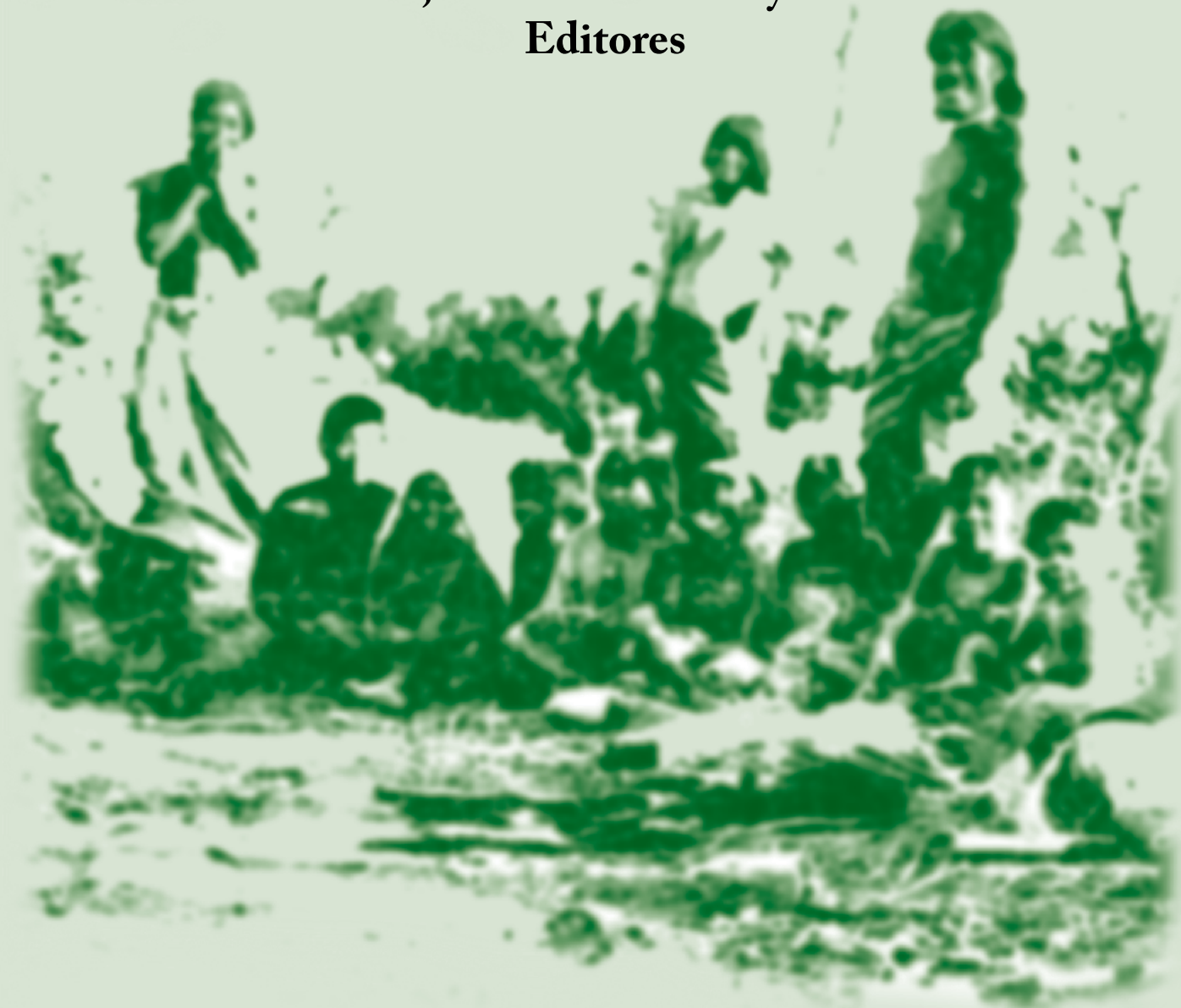
HAL is a multi-disciplinary open access archive for the deposit and dissemination of scientific research documents, whether they are published or not. The documents may come from teaching and research institutions in France or abroad, or from public or private research centers.

L'archive ouverte pluridisciplinaire **HAL**, est destinée au dépôt et à la diffusion de documents scientifiques de niveau recherche, publiés ou non, émanant des établissements d'enseignement et de recherche français ou étrangers, des laboratoires publics ou privés.

Enclaves industriales en el Chaco y Amazonía indígenas (1850-1950)

CAPITALISMO EN LAS SELVAS

Lorena Córdoba, Federico Bossert y Nicolas Richard
Editores



•

DESIERTO

Capitalismo en las selvas

Capitalismo en las selvas

Enclaves industriales en
el Chaco y Amazonía indígenas

(1850-1950)

Lorena Córdoba, Federico Bossert
& Nicolas Richard

— Editores —

Ediciones del Desierto

San Pedro de Atacama

CÓRDOBA, LORENA; FEDERICO BOSSERT & NICOLAS RICHARD (eds.) 2015. — *Capitalismo en las selvas: Enclaves industriales en el Chaco y Amazonía indígenas (1850-1950)*. - San Pedro de Atacama: Ediciones del Desierto, 2015, 316 p.

ISBN: 978-956-9693-02-1

© Ediciones del Desierto, San Pedro de Atacama, 2015.

Ediciones del Desierto
Casilla 49, San Pedro de Atacama, Chile.
www.edicionesdeldesierto.cl
diego@edicionesdeldesierto.cl

Todos los derechos reservados. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información y transmitir parte alguna de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado —electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc.— sin el permiso previo de los titulares de los derechos de propiedad intelectual.

Instituto de Arqueología y Antropología, Universidad Católica del Norte, San Pedro de Atacama (Chile).

CNRS CERHIO UMR 6258 équipe CHACAL/Histoire et Anthropologie Comparées de l'Amérique Latine, Rennes (Francia).

CIHA Centro de Investigaciones Históricas y Antropológicas, Santa Cruz de la Sierra (Bolivia).

Laboratoire International Associé CNRS
MINES ATACAMA - Les systèmes miniers dans le désert d'Atacama.

Índice

Isabelle Combès	
Prólogo	9
Lorena Córdoba, Federico Bossert & Nicolas Richard	
Palabras preliminares	11
PRIMERA PARTE. — Los ingenios azucareros en el Chaco occidental	15
Rodrigo Montani	
El ingenio como superartefacto. Notas para una etnografía histórica de la cultura material wichí	19
César Ceriani Cernadas	
Campanas del evangelio. La dinámica religiosa indígena en los ingenios azucareros del Noroeste Argentino	45
María Cristina Dasso & Zeldá Alice Franceschi	
La representación wichí del trabajo y el ingenio azucarero	65
Marina Weinberg & Pablo Mercolli	
Azúcar amargo. Historias de San Martín del Tabacal	93
SEGUNDA PARTE. — El caucho en la Amazonía	107
Federico Bossert & Lorena Córdoba	
El trabajo indígena en economías de enclave. Una visión comparativa (barracas caucheras e ingenios azucareros, siglos XIX y XX)	111

María C. Chavarría	
El genocidio del caucho y la recuperación de la memoria. Nuevos discursos en la Amazonía peruana	129
Manuel Cornejo Chaparro	
Una selva de espejos. La época del caucho y Sangama	151
Lorena Córdoba & Diego Villar	
El revés de la trama. Dos asesinatos caucheros	161
TERCERA PARTE. — Los puertos y obrajes en el Chaco boreal	179
Nicolas Richard	
Nombre propio, trabajo y reproducción social en el Chaco boreal contemporáneo	183
José Braunstein	
El camino de Sanapaná	205
Rodrigo Villagra & Valentina Bonifacio	
Los maskoy de Puerto Casado y los angaité de Puerto Pinasco. Un recuento de los tiempos del tanino	233
Paola Canova	
Los Ayoreo en las colonias menonitas. Análisis de un enclave agro-industrial en el Chaco paraguayo	271
Índice de autores	287
Bibliografía general	293

Nombre propio, trabajo y reproducción social en el Chaco boreal contemporáneo

NICOLAS RICHARD

Dos funcionarios del registro civil discuten sobre onomástica y terrorismo, acodados sobre la amplia baranda que domina el río Paraguay, al atardecer, en Fuerte Olimpo. —*Lo que no debe pasar es que se cambien de nombre... Por eso les reventaron las torres a los gringos... andaban buscando a Juan y entró Diego... es cosa de nombres... no puede ser que se cambien de nombre... el resto es de balde... [silencio] ... —¿Y usted es?... —Antropólogo... - [silencio] ... - ... —... pues es lo mismo con los indios... no hay que dejar que se cambien de nombre. ¿Se imagina usted? Al principio apuntábamos unos nombres largos y complicados. Traducíamos. “Mariposa que se posa en una piedra”. Pero se quejaron las secretarias. ¿Se imagina? ¡Las secretarias! ¡Hubo un reclamo! ¡Una huelga! Así que desde entonces nombres conocidos nomás, Juan, Diego y José... Se acercan las elecciones, se prepara un asado, empiezan las arengas coloradas, ambos funcionarios llevan consigo las doscientas cédulas de identidad que harán votar a la comunidad de María Elena en unas semanas más... —¿Y usted se llama? —Nicolas Richard ¿y usted? —A mí me dicen el Yacaré...*

(Cuaderno de campo, Fuerte Olimpo, abril 2002).

Nombre, régimen y paisaje onomástico

Hacia 1935, cuando la guerra del Chaco (Paraguay - Bolivia, 1932-35) llega a su fin y el Chaco boreal abre sus puertas a la colonización, una abundante documentación que resulta del despliegue de los distintos actores misionales, militares, sanitarios, etc., identifica, entre

NOTA: Nicolas Richard es investigador en el CNRS CERHIO UMR 6258 équipe CHACAL (Rennes) e investigador asociado al IAA, Universidad Católica del Norte (San Pedro de Atacama). Este artículo ha sido escrito en San Pedro de Atacama, en el marco del proyecto FONDECYT 011110487.

las poblaciones indígenas que habitaban la región, a una serie de individuos –guías, caciques, guerreros– cuyos nombres son fragmentariamente transcritos en los documentos y que organizan un primer paisaje de nombres, uno que está apenas apareciendo. Lo integran tres series.

La primera serie de personajes es identificada por sus nombres nativos, por ejemplo, *Cacique Tofaai*, *Cacique Samcó*, los guerreros *Yacutché*, *Asbasha* o *Voccocitaj* en las fuentes del Pilcomayo medio o el cacique *Orpa* y los guerreros *Shidi*, *Turgot* o *Kimaha* en las del Alto Paraguay.¹ La segunda serie de nombres propios corresponde a apodos, oxímoron o juegos de palabra utilizados sobre todo por el ejército: *Camel*, el guía nivaclé del explorador Víctor Ustarez (pues le gustaban esos cigarrillos); *Sargento Tarija*, el soldado chulupí que dirigió una montonera de “dos mil indios armados” cruzando el Pilcomayo; el *Cacique Cabezón*, que dio su nombre a un fortín paraguayo Chaco adentro o “Capitán Pinturas” y “Cacique Chicharrón” en el Alto Paraguay.² Estos nombres se construyen por la contradicción entre la dignidad del cargo “cacique” y la denostación en el apodo –*Chicharrón*, *Cabezón*, *Pintado*, etc. Por último, una tercera serie de nombres propios concierne por primera vez a nombres occidentales, ya sea nombres cristianos (*Vicente*, *Cabo Juan*, *Luciano*, *Cacique Antonio* o el guía de Belaieff, *Carlitos Bogorá*), ya sea apellidos recogidos por aquí y por allá en el frente de colonización (Mayor Díaz, en el antiguo fortín Linares o los guerreros Rivas y San Martín en las comunidades nivaclé de Escalante; los guías Espinoza y Arce en el Alto Paraguay).³

Estas tres series organizan un paisaje transicional, anterior a la ocupación del Chaco y a la reducción o puesta bajo tutela de sus poblaciones: se trata apenas de identificar con fines prácticos a tal o cual otro individuo (este guía, aquel otro cacique, este guerrero) y no todavía de asegurar o de reglamentar la reproducción social de esos grupos (organizarles familias y apellidos, reglas de filiación y formas de parentesco) o de inscribirlos en los aparatos capitalistas de trabajo o militares (fichas de salario, conscripción militar, sanidad...). Estos nombres, entonces, todavía, como accidentes o episodios puntuales, formas intermitentes, sueltas e indeterminadas, que no arman aún sistema, pero que lo preceden o lo anuncian. Son nombres gratuitos, dados, recogidos o tomados de modo circunstancial, sin que los regule ni los organice alguna economía: ni se transmiten, ni se reproducen, ni arman familias. Por lo demás, es poco probable que fuesen usados fuera de la relación que les da lugar, se confunden con tantos otros, se superponen y se suceden con tantos otros.

Treinta años más tarde la situación es muy distinta. Ya sea que se consulten los archivos industriales en los puertos tanineros o en los ingenios azucareros, los archivos misionales o militares o que se revise la primera generación de líderes indígenas (a fines de los '70, Bruno Barras, René Ramírez, Severo Flores, Alberto Santa Cruz): todo el mundo o casi lleva un nombre propio ya normalizado y los individuos y clases de individuos han sido

1. Richard 2008c; Barbosa & Richard 2010; Hoyos 1932; Moscoso 1939; Von Eckstein 1986.

2. Richard 2007, Richard 2011b.

3. Richard 2008c.

exhaustivamente codificados por el binomio nombre-apellido. Esta situación está evidentemente correlacionada con una nueva situación en el terreno.¹ La guerra del Chaco lo ha destrozado todo –los campos y el ganado han sido destruidos o robados, las aldeas y los pozos de agua ocupados, la población escapó o fue desplazada o fue mermada por las epidemias.² Hacia 1950, la gran mayoría de esta gente ha sido reducida en las misiones religiosas salesianas, oblatas, anglicanas o neo-evangélicas; otra parte se ha diluido en las periferias urbanas o se hacina en los “pueblitos” y “barrios” –alambrados y étnicamente diferenciados– que se organizan en las afueras de los centros de producción y trabajo, como en “barrio nivaclé” a las afueras de las colonias menonitas o en los “pueblitos indios” de los puertos fluviales de Pto. Casado o Fuerte Olimpo.³ Este nuevo estrato onomástico traduce entonces sobre el plano de los nombres la nueva situación colonial, tras la ocupación de esos territorios, cuando el dispositivo de colonización tiene, ya no sólo que identificar estos individuos, sino también que inscribirlos en un régimen de producción económica al mismo tiempo que asegurar su reproducción física. Es decir que estos nuevos nombres son la huella, el archivo o la escritura de esas nuevas formas de articulación e incorporación y que el estudio de éstos debiera permitir iluminar las variantes de aquellas.

En algo de cuarenta años (aproximadamente entre 1940 y 1980) entonces, cada uno de los habitantes del Chaco recibió un nombre propio nuevo, siempre según el código nombre-apellido, de modo de identificarlo en los aparatos de producción económica (/nombre) y de organizar y reglamentar su reproducción física y social (/apellido). A esto puede llamarse, el despliegue de un *régimen onomástico*. Es decir, cierta forma históricamente determinada de organizarse el problema de los nombres, de plantearse y administrarse la cuestión del individuo y de las clases de individuos, de desplegarse sobre los cuerpos una nomenclatura precisa o históricamente consistente. Y sin embargo, la gente no se llama del mismo modo en todo el Chaco. Es una impresión, nada enteramente claro o definitivo, al modo del límite impreciso y difícilmente delimitable de un paisaje, un “aire” distinto en los nombres. Hay pues unos paisajes onomásticos distintos que se van formando aquí o allí, unas formas locales de llamarse. Unas formas que sin derogar al régimen general que se les sobre-impone, introducen un margen o una heterogeneidad, unas diferencias, unos territorios locales del nombre. Llamaremos pues a este nivel intermedio y más difícilmente discernible un *paisaje onomástico*. Es decir que hay, bajo un mismo *régimen onomástico*, diversos *paisajes del nombre* que se organizan o florecen en el Chaco.

Procederemos en lo que sigue examinando o identificando, aún si de modo aproximativo, tres de estos paisajes en el Chaco boreal (Pilcomayo, Alto Paraguay y Chaco central). Luego intentaremos discernir el nivel y las determinaciones que organizan estos paisajes onomásticos, por qué y en qué difieren unos de otros. Intentaremos mostrar cómo, si el

1. Chase-Sardi 1971.

2. Richard 2008b; Capdevila, Combès, Richard & Barbosa 2010.

3. Morel 2012; Le Masson 2015.

nuevo régimen onomástico se deduce en buena parte de la acción vertical del Estado y de sus agencias (misionales, militares, civiles), los paisajes del nombre en cambio resultan de un campo mucho más indeterminado o multideterminado de factores. Hay una arqueología posible de dichos paisajes, un modo de partir por el nombre o de hacer de esos nombres el archivo de las formas locales de resolverse la ecuación producción/reproducción, individuo/familia de individuos, etc.

Dos prevenciones de distinto orden. La primera es de orden metodológico y es que trabajamos sobre una capa histórica aún muy breve y no enteramente asentada o instituida. Cuestión crítica al estudiarse un régimen de reproducción: éste no tiene más que unas pocas generaciones de historia y no entra a “pleno régimen” más que con las últimas de éstas. A esta cuestión debe sumarse nuestra relativa ignorancia sobre los usos del nombre en el Chaco de antes de la ocupación, a excepción de algunos estudios luminosos pero circunscritos¹ o enunciaciones todavía muy generales.² La segunda es de orden deontológico: los “nombres propios” identificados en este trabajo proceden fundamentalmente de entrevistas en terreno realizadas en el marco de otras investigaciones.³ Se abre la alternativa fatal entre trastocar o reinventar los nombres, de modo de salvaguardar el *anonimato* de los entrevistados, o entonces respetar sus formas reales bajo riesgo de exponer a la gente mencionada. Para lo primero, más allá que el resultado sería algo paradójico por cuanto el objeto de este trabajo son justamente los nombres de la gente, haría falta pedir al lector una confianza de la que ya podría pensarse que abusamos por el carácter muchas veces aproximativo de los datos. Para lo segundo, pedimos a nuestros interlocutores chaqueños que sepan perdonar esta súbita objetualización de sus nombres, de algunos de sus muchos nombres, siempre y en todo momento con el mayor de los respetos.

Tres paisajes del nombre en el Chaco boreal contemporáneo

El primer paisaje de nombres se organiza o se despliega sobre la margen norte del Pilcomayo, en torno a las misiones nivaclé que fundaron los Oblatos de María inmaculada, presentes en el Chaco desde 1925 (Misión San José de Esteros y Misión San Leonardo de Escalante, ambas fundamentalmente constituidas por población nivaclé). Nos apoyamos a título aproximado en la lista de individuos entrevistados en el marco de nuestras investigaciones en la zona entre 2008 y 2012, es decir aproximadamente 40 individuos. Aquí algunos nombres: *Pastora Sánchez*, *Francisco González*, *Ciriaco Ceballos*, *Francisco Yegros*, *María Candia*, *Pedro Rojas*, *Francisca Aquino*, *Mauricio Lezcano*, *Gonzalo Osorio*, *Inés Avalos*.

1. Villar & Bossert 2004; Villar 2005.

2. Braunstein 1983b.

3. En particular, de las entrevistas de mi investigación doctoral en el Alto Paraguay realizadas entre 2002-2005 y de las entrevistas realizadas (2008-2012) en el marco del proyecto “Les Indiens dans la guerre du Chaco”, dirigido por Luc Capdevila en Rennes (Agence Nationale de la Recherche).



Figura 1. Pastora Sánchez, San José de Esteros, 2008. © Consuelo Hernández.

El primer elemento que debe llamar nuestra atención es que estos nombres propios no tienen pues nada de “propios” y son al contrario perfectamente banales en el contexto hispano-americano: podríamos encontrar lo mismo en el anuario de Santiago de Chile, de Caracas o de México. Es así imposible para un observador externo saber quién se esconde tras esos nombres; toda traza de identidad ha sido borrada y estos individuos flotan ahora en un inmenso océano onomástico en el que toda forma local, toda referencia, toda organización específica de los nombres propios ha sido diluida. Esta gente se llama entonces, igual que en México o en Buenos Aires, *Pedro Mendoza* o *Francisco González*. Los stocks onomásticos nativos han sido enteramente reescritos y los individuos participan ahora de nuevas e insospechadas formas de homonimia (asistimos por ejemplo un día a esta extraña entrevista, aunque en otro lugar del Chaco: Pablo Barbosa, joven antropólogo brasileño, entrevistaba

ante nuestros ojos a Pablo Barbosa, insigne dirigente chacococo del Alto Paraguay). La homonimia es un recurso importante en el funcionamiento de un sistema de nombres puesto que la clase de entidades que llevan o pueden llevar mi nombre no es nunca anodina: “la clase de personas que llevan mi nombre” es también, de algún modo, “la clase de personas en lugar de las cuales yo podría estar”. La homonimia es como una resonancia, algo que tiene que ver con reflejos y con ecos, algo entonces que permite de algún modo deducir el diámetro o la extensión de un sistema, sus límites y entonces el conjunto de posiciones que se vuelven por él intercambiables. Todo sistema de nombres tiene formas de homonimia (que organizan relaciones de identidad: por ejemplo me llamo como tal muerto, o tal ancestro, o tal clase de gente, o tal elemento de la naturaleza) y formas de heteronimia (que aseguran su capacidad de distinción: por ejemplo, no me puedo llamar como tal muerto o tal otra persona viva, o como los extranjeros, o como se llaman los del frente, etc.). Pero todos estos recursos funcionan ahora en banda, en el vacío, perdidos o naufragados en un espacio onomástico de dimensiones insensatamente gigantes. Es decir que no hay solamente cambio de nombre, sino borramiento de los límites mismos del sistema de nombres y entonces dislocación de su identidad, de su territorialidad y de su economía social. El resultado es muy paradójal. Hay que captar en toda su intensidad este contraste: la intensidad y la singularidad de estos personajes que no bien van siendo arrancados al Chaco van siendo disfrazados o camuflados bajo la más absoluta banalidad de estos nombres, los nuevos nombres. Imagen densa la de esta anciana nivaclé, sentada en el suelo, contando la historia de su abuelo Vococitaj en una lengua tan profunda que a los más jóvenes les cuesta seguir y que no sabe decir en español más que una sola palabra, un solo nombre, este nombre propio que no es su propio nombre: “Pastora Sánchez”. Este único nombre de la lengua colonial que lleva impreso como una marca o un estigma; “al modo en el que se marca el ganado”.

El segundo elemento que debe llamar la atención es que el nuevo régimen onomástico parece funcionar ordenadamente, no sólo porque el conjunto de los individuos ha sido renombrado y toda referencia étnica suprimida, sino también, porque los apellidos parecen reproducirse “en orden”, el hijo lleva el nombre del padre, etc. Es más fácil que en otras partes del Chaco reconocer la fisonomía real de las familias a partir de los apellidos utilizados. Pero lo que es cierto de las generaciones actuales (Ceballos es hijo de Ceballos, Rojas es hijo de Rojas, etc.) no lo es de las antiguas, puesto que sabemos positivamente que el viejo Lezcano no es hijo de ningún Lezcano tanto y como el abuelo Rojas no es pariente de ningún Rojas. De modo que podemos preguntarnos de dónde diantres salen, entre 1940 y 1970 aproximadamente, todos estos *Rojas, Torres, Ávalos, Sánchez, Ceballos, Candia, González, Díaz, Flores, Ibáñez, Martínez, Mendoza, Osorio, Palacios, Quiñones, Yegros* y otros *Aquino o Calderón* que organizan actualmente la sociología de las misiones nivaclé del Pilcomayo. ¿De dónde, entonces, cómo, a partir de qué préstamos ínfimos, de qué alianzas o de qué connivencias, de qué violencias, estos apellidos han ido imprimiéndose sobre el cuerpo de estas gentes? Aún si algunos de estos apellidos “suenan” más paraguayos —Yegros, Aquino, Sánchez— y otros en cambio “suenan” más argentinos —Candia, Flores, Ávalos, etc.—, lo cierto es que

se puede transitar sin solución de continuidad entre los poblados paraguayos (por ejemplo Gral. Díaz), las aldeas nivaclé (como Misión Escalante o Fischaa), los caseríos de criollos argentinos (p. ej. Media Luna) y hasta comunidades pilagá (como Pozo Navagán) sin que varíe significativamente el paisaje onomástico. Es decir también que estos nombres han sido captados a partir del contexto local y no impuestos “desde arriba” por el aparato central. Estos nombres constituyen pues la huella o el archivo de estas vecindades, la huella visible de las formas de intercambio y de las relaciones que circunscriben su nueva situación. Pues en este contexto inicial, el apellido no sirve tanto para marcar una filiación como para instituir o indicar una alianza, una proximidad o una subordinación entre el dador del nombre –tal familia de colonos– y su nuevo usuario –tal familia nivaclé. Su función es más sincrónica que diacrónica, imprime unas relaciones más que determinar unas filiaciones.



Figura 2. María Candia, San Leonardo Escalante, 2009. © Consuelo Hernández

Como fuese, las comunidades nivaclé del Pilcomayo parecen haber captado en un lapso de tiempo récord el conjunto de los apellidos disponibles en el ecosistema nominal del frente de colonización. De modo que —y este es un tercer elemento que cabría resaltar— el paisaje resultante es extremadamente fragmentario. Esto es muy visible si se lo compara por ejemplo al canon colonial o con alguna comunidad andina, en donde mucha gente se organiza en torno a pocos apellidos de modo que es muy frecuente encontrarse con un doble apellido redundante (*Juan Mamani Mamani*, *Santiago Ramos Ramos*, etc.). Nada de esto ocurre aquí. A vuelo de pájaro, no menos de cincuenta apellidos funcionan simultáneamente en una población aproximada de 1.500 personas. De modo que *Pastora Sánchez Sánchez* se vuelve bien improbable. El paisaje social resultante es entonces fragmentario, basado en familias nucleares que no se refieren, o muy poco, entre ellas. Se diría un barrio cualquiera de una gran ciudad, en el que familias y apellidos heteróclitos conviven en la mayor indiferencia. Salvo que en estas comunidades, esa vecindad no es circunstancial y estas familias entretienen su historia desde hace tiempos antiguos: nada de eso trasluce en el nuevo orden nominal.

El segundo paisaje de nombres se organiza en torno a los grupos ayoreo y maká, más al centro del Chaco boreal. Aún sí en circunstancias muy distintas, los paisajes onomásticos resultantes comparten elementos comunes. No disponemos aquí de largas listas de nombres, pero nos apoyamos en algunos casos eminentes y conocidos, en los nombres que pueden recogerse por internet (sitios web de ong's, facebook, anuarios, etc.) y en una quincena de entrevistas que realizamos entre 2009 y 2012. Tomemos pues dos ejemplos ilustres, que cada quien más o menos conoce en la región: el de *José Ikebi*, ayoreo capturado de niño y protegido por los misioneros salesianos y que devino de algún modo en un emblema del destino de su pueblo;¹ el segundo caso es el de *Andrés Chembei*, ilustre dirigente de las comunidades maká instaladas en la periferia de Asunción —el diminutivo *Andresito* le quedó del tiempo en que fue el protegido del Gral. Juan Belaieff, principal promotor del aldeamiento maká.² No se trata de casos aislados, un buen número de ayoreos y de makás llevan un apellido indígena. Es decir que este segundo caso retoma en algún punto el viejo dispositivo colonial ibérico, aquel que dio su fisonomía onomástica a los Andes o al mundo mapuche, aquel de los *Juan Mamani* y de los *Domingo Namuncurá*, pero también por ejemplo el de *Margarita Mbyanguí* en el Paraguay oriental o *Rigoberta Menchú* en los altiplanos guatemaltecos. Esto es, aquel en el que la “indianidad” del sujeto queda objetivada un stock patronímico autóctono, específico y étnicamente diferenciado. O sea, una forma de desterritorialización que opera sobre los nombres (Mateo, María, Juan, Pedro, José...) y una forma de territorialización que opera sobre el plano del apellido, tanto de los “apellidos indígenas” que quedan así confinados, como de los “apellidos hispanos” que se ven a su vez protegidos o circunscritos. Es otro régimen de visibilidad y de inscripción histórica de esas identidades.

1. D'Onofrio 2003.

2. Braustein 1981.



Figura 3. Líderes maká, Asunción, 2012. © Nicolas Richard

Maká y ayoreo parecen ser los dos únicos casos en el Chaco Paraguayo en donde los apellidos indígenas han sido oficialmente aceptados o han podido imponerse. Consideremos así por ejemplo los nombres de los “líderes históricos” del movimiento indígena en el Chaco: *René Ramírez*, dirigente de las comunidades mascoy de Puerto Casado; *Severo Flores*, de la comunidad avá de Santa Teresita; *Alberto Santa Cruz* de las comunidades nivaclé del Pilcomayo o *Bruno Barras* en las comunidades ishir del Alto Paraguay: todos llevan nombres “paraguayos” (“nombre paraguayo” es una categoría operativa en el terreno, utilizada). Los dirigentes ayoreo –*José Ikebi*, *Mateo Sobode*, etc.– y maká como Andrés Chemhei son la excepción. Es común en el Chaco que la gente use un nombre indígena y se reserve el nombre paraguayo solo para asuntos oficiales. Así por ejemplo el eximio narrador nivaclé *Leguán* o el gran cantor tomaraha *Wylky*, ambos ya difuntos: es apenas si podía saberse su nombre paraguayo tal era la fuerza con el que lo callaban, de modo que había terminado casi por

volverse un nombre secreto. Hay algo de traición en decirlo –*Wylky*, querido *Wylky*– con el pudor con el que mostraba una herida o una marca, este otro nombre que le cayó un día encima y del que no pudo más zafar: *Gregorio Arce*. Nada de esto en el caso que nos ocupa, las cédulas de identidad de Chemhei y de Sobode dicen exactamente esto: “Chemhei”, “Sobode”. De modo que hay una excepcionalidad en el caso maká o ayoreo, una sobre la que volveremos más adelante, pero que permite desde ya plantear el problema de ese límite: ¿dónde, pues, por qué, cómo se organiza la frontera entre la gente indígena que lleva nombre indígena y la que no? ¿Qué razones, qué tipo de determinaciones, a qué nivel se instituye ese límite? (escribo ahora en la triple frontera argentino-boliviana-chilena: ¿dónde, por qué, acaban los *Mamani* y empiezan los *Ramos*? ¿Qué son, qué traducen, de qué son la huella esos territorios invisibles del nombre?).

Un segundo elemento que nos parece importante señalar es que el apellido indígena tiene un estatuto al menos ambiguo y no debiera concluirse mecánicamente su mayor autenticidad. No confundir “régimen” y “paisaje” onomástico. Nunca hubo “apellidos indígenas” en el Chaco. La gente no se llamaba según el código nombre.apellido. El grado cero del nuevo régimen onomástico es la institución y la obligatoriedad de ese código: hay que tener un nombre y un apellido. El resto, su forma o su contenido es asunto de *paisajes*. De modo que hay aquí un paisaje mañoso que quiere esconder su régimen, disimularlo. Sería de todo interés poder estudiar más detalladamente el modo en el que determinado nombre indígena toma forma de apellido. En el caso ayoreo, suele tomarse por apellido el nombre de alguna de las siete particiones clánicas comunes a los grupos de horizonte zamuco (Picanerai, Chiquenoi, Dosapei, Etacore, etc.) y el nombre puede o no ser hispánico: Mateo Sobode, Pojone Chiquenoi, Beyocodé Picaneré. Los maká en cambio nunca tuvieron nada que ver con las particiones clánicas y el apellido parece constituirse libremente a partir del stock onomástico nativo (pero esto, evidentemente, es insuficiente: sería muy importante saber cuáles son esos nombres, por qué éstos y no aquellos, cómo, cuándo, dónde devinieron en apellidos). En ambos casos, hubo que constituir o normalizar un apellido y es esta operación formal la que constituye la condición mínima de articulación burocrática al nuevo orden. De este punto de vista, no porque el apellido sea indígena es menos arbitrario o históricamente determinado.

Por último, llevado al extremo (pero no es así en la realidad), este procedimiento conduciría por ejemplo en el caso ayoreo a no retener más que siete apellidos para una población de cuatro o cinco mil individuos, contra cincuenta apellidos por mil quinientos individuos en las comunidades del Pilcomayo. Otra economía, otros territorios y otros paisajes del nombre.



Figura 4. Beyocodé Picaneré, Campo Loro, 2011. © Nicolas Richard.

El tercer paisaje onomástico concierne a los grupos que, tras la guerra, se instalaron en la periferia de las explotaciones industriales de la costa del río Paraguay, hacheros, obreros salvajes y jornaleros que se articularon al frente extractivo sin necesariamente pasar por la reducción misional, sino circulando de obraje en obraje, en grupos fragmentarios, reuniéndose a veces, perdiéndose otras tantas. Se trata en particular de grupos mascoy o zamuco que habitaban antes de la guerra el hinterland del Chaco boreal por cien o doscientos kilómetros de profundidad. Tras la guerra y como consecuencia de la presencia masiva de los ejércitos en el territorio, las epidemias arrasaron la región (hasta un 80% de mortalidad en el caso de las poblaciones tomaraha del interior). Los grupos supervivientes abandonaron el interior del Chaco y se articularon periféricamente al frente extractivo industrial (maderas, tanino) que avanzaba desde las costas del río Paraguay, en pleno auge tras la guerra.¹ Dislocados, estos grupos circulan de obraje en estancia, en donde se emplean colectiva y temporalmente para desbrozar el monte, cortar troncos, cavar tajamares o abastecer en agua y leña a los establecimientos criollos. Este carácter fragmentario, móvil y en un sentido anónimo (seres desgastados y degradados, las ruinas de una sociedad) los vuelve invisibles a las redes misionales. En 1957 Branislava Susnik declaraba así “extintos” a los grupos tomaraha

1. Richard 2008a.

del interior.¹ Se trata entonces de uno de los pocos grupos que no fue reducido en misión. “Reaparecen” en escena a principio de los años ’80 cuando un grupo de antropólogos paraguayos los encuentra, fuertemente alcoholizados y diezmados, al fondo de una estancia en el obraje San Carlos, cerca de Toro Pampa.² Se les entregaron tierras y asistencia y ese grupo es el germen de la actual comunidad de María Elena en el Alto Paraguay. Nos apoyamos en adelante en el censo y las entrevistas realizadas en esta comunidad entre 2002 y 2005 en el marco de nuestra tesis doctoral.



Figura 5. Alicia Estigarribia, María Elena, 2003. © Nicolas Richard.

1. Susnik 1957.

2. Escobar 1988, 1999.

El paisaje onomástico dominante en la región es como una variante salvaje y desordenada del primero, que observábamos en el Pilcomayo. Aquí también toda huella de indianidad ha sido borrada en pos de una normalización onomástica de predominancia hispánica (aunque van diseminándose los nombres coreanos en torno a los establecimientos de la secta Moon en Puerto Leda, o los nombres brasileros todo a lo largo de la frontera fluvial, etc.). La gente se llama, entonces, casi como en cualquier otro lugar, por nombres y apellidos “paraguayos”. Casi, decimos, porque sin embargo hay como un aire de irrealidad en todo esto, un modo más suelto de llevarse los nombres y unas formas más desordenadas de entretrejerlos.

Por un lado, se despeja esta impresión de que la geometría de los apellidos no corresponde enteramente con el de las familias reales, de modo que no es seguro fiarse de los apellidos para dar con los parientes, ni fácil reconstruir la geografía de éstos a partir de la repartición de aquellos. Así por ejemplo, como en el resto del país, la gente se nombra según la regla patrilineal. Pero como en ausencia de intervención misional el funcionamiento social sigue organizándose sobre el eje uxorilocal, entonces, por ejemplo, muchos hermanos de una misma casa llevan apellidos distintos. En efecto, el apellido marca aquí aquello que es socialmente poco importante (la identidad del padre) y esconde u omite aquello que es socialmente determinante (la identidad de la madre). De modo que una pequeña aldea tomaraha como María Elena cuya población oscila estacionalmente entre 100 y 300 personas aparece, si se la mira desde el punto de vista de los apellidos, como un entero caos desordenado, pero si se la mira desde el punto de vista de los parentescos, como un conjunto perfectamente ordenado del que se despejan tres o cuatro “barrios” urdidos por la vecindad entre hermanas –que llevan todas apellidos distintos.¹

Esta vaga impresión de irrealidad se ve reforzada por el brillo o el glamour de los apellidos utilizados. Algunos de ellos han sorteado el siglo a través de las selvas. Doña Herminia Fric, difunta en 2010 en la comunidad ybytoso de Puerto Esperanza, tenía su apellido del mismísimo Alberto Vojtěch Frič, que exploró y fotografió la zona en los primeros años del siglo XX.² Frič seguía los pasos de su ilustre antecesor italiano Guido Boggiani, muerto unos años antes en un confuso incidente hacia el interior de Puerto Bahía Negra. Boggiani, por cierto, también dejó su apellido en prenda para que cien años más tarde le sobreviviera en la comunidad ybytoso de Puerto Diana.³ Todavía en Puerto Diana, don Rafael Pallá insistía celosamente en el apellido de este armador y navegante español que varó su nombre hará un siglo en las costas de Puerto Leda. Para salvar esos apellidos hubo que torcer muchas veces las reglas de filiación y de transmisión, pues esos nombres fueron conquistados por mujeres y luego transmitidos por donde mejor pasaran, como en las noblezas, sin que importase mucho si por el tío, el sobrino, la hija o la prima, la cuestión principal era salvar el símbolo o emblema, “guardarlo en la familia”. Y si bien las tendencias nobiliarias de las

1. Richard 2008a; Cordeu 1981.

2. Frič 1912; Frič & Fricova 2002. Ver www.checomacoco.cz.

3. Richard 2006.

comunidades ishir más septentrionales llamaron tempranamente la atención de los observadores,¹ la tendencia no se desmiente en la mucho más prosaica comunidad tomaraho, más meridional. Así, el finado Alicia, uno de los principales konsaha o chamanes de la zona llevaba por apellido –y lo llevaba casi colgando al cuello, al modo de un trofeo– el del mismísimo General en jefe de las fuerzas paraguayas durante la guerra. *Alicio Estigarribia*, entonces, gustaba cantar junto a *Gregorio Arce* y a *Emilio Aquino*... vaya qué nombres, como los de algún barrio metropolitano en efecto, pero eso sí que no *cualquier* barrio. Ocurre aquí con los nombres como con las ropas. Pedazos y trozos heteróclitos que van armando una tenida incoherente e inestable, pero de piezas elegantes, sólo que no terminan nunca de armar sistema. Tienen más bien la forma de una serie o de una colección de trofeos y botines simbólicos conquistados aquí o allá en el Chaco, sin otra función que la de ser exhibidos o mostrados. Un paisaje sin régimen, esta vez.



Figura 6. Palacios Vera, María Elena, 2005. © Nicolas Richard.

1. Boggiani mismo habla de una “nobleza” chamacoco; Susnik 1969; Cordeu 1981.

Y esas capturas simbólicas no son sólo o siempre felices. Así por ejemplo el finado Palacios Vera, que todos en la región conocían bajo el mote “Letra” o “Letrita” (del tiempo en que traducía a sus compañeros eso que él aprendió en el cuartel de Bahía Negra) declaraba haber recibido su nombre de dos patronos que tuvo sucesivamente, el Sr. Palacios y el Sr. Vera. De sus trabajos con Palacios guardaba un dedo del pie dislocado (aplastado por un tronco) y de su tiempo donde Vera, una cicatriz en la pierna (un hachazo mal dado). Es decir que “Palacios Vera” casi no es un nombre, sino algo más parecido a un currículum, en todo caso la huella de una trayectoria. Y quiere decir también que esos nombres se fueron agregando en él exactamente al modo en que las heridas y las cicatrices le fueron escribiendo el cuerpo: una memoria o un archivo personal. Varios otros nombres entre los antiguos “indios obrajeros” se construyen así por adición de dos nombres que son más bien dos momentos, dos estaciones o dos etapas en la vida (p. ej. *De los Santos Rodríguez*). Y está luego la inmensa cantidad de nombres con los que cada quien carga. Los nombres vernáculos, primero, varios a lo largo de la vida; los apodos, el apodo que le dan los paraguayos, el apodo que dan los brasileros, el apodo que le dan los paisanos de la comunidad siguiente; está luego el nombre inscrito en la cédula, que pueden haber sido varios nombres distintos en momentos distintos de la vida –un sólo nombre en formación–, pues los militares durante la guerra no anotaron lo mismo que la plantilla de pago de los puertos tanineros veinte años más tarde, ni que los funcionarios que aun más tarde vinieron a normalizar todo esto; y están por último los nombres propios, los de verdad, los propios nombres, los que se conquistan o se sueñan muy íntimamente, los que se guardan secretos, los que se usan para comunicar con tantas otras cosas: el mismo *Palacios Vera*, alias *Letra*, tenía, además de su nombre indígena *Orpa* –y tuvo varios otros nombres indígenas a lo largo de su vida–, un nombre secreto que nunca quiso delatar y que es el que le servía para comunicarse con un yacaré o cocodrilo muy preciso (lloraba de un modo particular y era manco) que le visitaba a menudo en sueños por las noches. Su hermano había muerto y Palacios-Letra-Orpa quería morir también cuando el dicho yacaré le susurró este nombre nuevo, dulce y secreto por el que sentía que se fugaba y se salvaba a la vez.¹

En efecto, el nuevo régimen onomástico funciona según esta idea extraña de que los nombres no deben cambiar a lo largo de la vida. Un nombre = una vida. No se trata sólo de codificar según el dispositivo nombre.apellido, sino que esta codificación debe de ser permanente e inmutable. Por supuesto, la idea según la cual una persona deba portar un mismo nombre toda su vida es perfectamente arbitraria. Es una facilidad policial, burocrática o tecnológica (las nuevas tecnologías que permiten salir del formato “ficha de cartón” liberan o destraban el problema del nombre, que vuelve a multiplicarse, variable, creativo, fantasioso y libre). Es una concepción muy particular e históricamente determinada del individuo. La tecnonimia, por ejemplo, jugaba un rol importante en el funcionamiento de los sistemas nominales chaqueños. Es decir que la muerte o el nacimiento de una persona su-

1. Richard 2008a.

ponía un cambio correlativo en el nombre de las personas conectadas (uno no se llama igual, pues, antes que después de tener un hijo). Pero también puede abandonarse el nombre con el que se vivió alguna desgracia: se dejan los nombres como se dejan los lugares, por quedar éstos muy cargados o marcados, porque se está demasiado triste como para seguir viviendo en ellos. De modo que se tienen varios nombres en la vida, tantos como sea necesario para vivirla. Todas estas cosas se confunden ahora bajo un mismo y único nombre del que no se puede más salir, los años de vejez y los años de infancia, los momentos más tristes, los más felices o los más vacuos, los años vividos aquí y los años vividos allá, todo eso queda ahora aprisionado en un mismo y único domicilio onomástico, cárcel o reducción nominal que redobla sobre el plano biográfico aquella otra reducción física que se ejerce sobre los cuerpos y familias concretas.



Figura 7. Gregorio Arce, María Elena, 2003. © Nicolas Richard.

Paisaje onomástico, producción y reproducción social

Entre 1940 y 1980 aproximadamente, el conjunto de la población indígena del Chaco boreal fue rebautizado según el código nombre.apellido. Hemos llamado a esto un régimen onomástico. Es decir, cierta forma históricamente situada de organizarse los nombres y a través de ellos unas formas específicas de individuación, de producción o identificación de individuos y clases de individuos. Desde nuestro punto de vista, va apareciendo que lo determinante en este régimen es el código formal nombre.apellido, mucho más que los nombres y los apellidos concretos que se utilicen. Lo verdaderamente nuevo, unánime, transversal e innegociable es que se tenga un nombre y un apellido, el resto son circunstancias. Lo segundo que es totalmente innegociable, es que ese nombre sea permanente, único e inmodificable. Que se nazca y se muera bajo el mismo nombre, que sirva en todo lugar, ante toda persona y en todo momento y que vaya constituyéndose a tras de él, dentro de él, por la fuerza de las cosas, un mismo y único individuo. Hay que reducir la vida al nombre como se reducen los cuerpos a la misión, la aldea o el barrio indio alambrado. El Estado, los misioneros, los militares, los funcionarios del registro civil, etc., fueron quienes ejecutan esta tarea, al menos en su despliegue inicial, pues lo propio de un régimen justamente es que después anda solo, “a buen régimen”, poniendo y reproduciendo nombres y apellidos exponencialmente, fractalmente, en todas direcciones, por sí mismo, llenándose, abultándose o saturándose a sí mismo. Pero hay luego, bajo ese régimen, más allá de sus determinaciones institucionales, la formación de unos paisajes onomásticos. Unos ecosistemas o unas floras específicas de nombres que se organizan aquí o allá, distintamente, aún bajo ese mismo régimen, marcando unos territorios mucho más difusos y difíciles de discernir. Aquí sí importa cuáles son esos nombres y esos apellidos en particular, e importa también de dónde vienen e importa asimismo saber cuál es su pragmática y su relación con las sociologías concretas que están operando.

Distinguimos un poco intuitivamente al menos tres de esos paisajes onomásticos en el Chaco boreal contemporáneo. El primero, de algún modo canónico, es el paisaje pilcomayense, por ejemplo en las comunidades nivaclé de Escalante o de Esteros. Todo el mundo lleva un nombre y apellido hispánicos (*Francisco González, Pastora Sánchez...*), sin importar cuánto habla de esa lengua, los apellidos parecen reproducirse en orden y corresponden más o menos bien a la sociología de las familias nucleares existentes en el lugar. Es un paisaje muy fragmentado, con una enorme cantidad de apellidos en circulación, captados localmente a partir del frente de colonización. El segundo paisaje, en las comunidades ayoreo de la zona septentrional o en las comunidades maká más próximas a Asunción, tiene esta anomalía que los apellidos son nativos, por ejemplo en los casos de *Andrés Chembei, José Ikebi o Mateo Sobode* y que entonces hay un stock onomástico étnicamente diferenciado que va organizándose. Es, decíamos, un paisaje onomástico de algún modo familiar, colonial, muy extendido en los Andes o en el Paraguay oriental, el nombre afirma la pertenencia a la comunidad cristiana y el apellido aquella otra pertenencia étnica que se va como normalizando o instituyendo.

Es un paisaje mucho menos fragmentado, con “clases” más extensas de identidad nominal y menos apellidos en circulación. No habría sin embargo que confundir “paisaje” y “régimen” onomástico, puesto que el paisaje resultante reutilice nombres indígenas no debe hacer olvidar el despliegue efectivo del nuevo régimen, es decir, fundamentalmente, la obligatoriedad de constituir y utilizar apellidos. El tercer paisaje onomástico que discernimos es el que se organiza en las costas del río Paraguay, todo alrededor de los antiguos obrajes e ingenios tanineros, del que tomábamos por ejemplo la comunidad tomaraho de María Elena. Y si bien aquí también, como en el primer paisaje, cada quien lleva nombre y apellido “paraguayo”, la resultante es irregular, irreal, desordenada. Por un lado porque no se corresponde con la sociología local de esas comunidades. Por otro, porque nombres y apellidos alternan muy fácilmente sus posiciones –“Palacios Vera”, “De los Santos Rodríguez”, etc. Por último, porque el nuevo nombre no asienta enteramente su dominio sobre los tantos otros que lleva una persona, que puede llamarse distintamente cuando está en Paraguay o cuando anda en Brasil, cuando conversó con los militares en 1940 y cuando trabajó para la industria extractiva en 1950. Por lo demás, si los policías o funcionarios del registro civil sienten la necesidad de reprimirlo... pues es porque la gente se sigue cambiando de nombre bajo sus narices.

Para intentar situar el nivel de formación de estos paisajes del nombre puede procederse de modo negativo, por descarte. Así por ejemplo, nuestra impresión es que los actores institucionales (cruciales en la imposición de nuevo régimen onomástico) no son determinantes en la formación del paisaje resultante. Las misiones religiosas por ejemplo. Ciertamente que los misioneros son un actor principal en el despliegue de esta nueva capa de nombres. Y sin embargo, no parecen ser determinantes. Los oblatos aceptan apellidos guaraníes (“chiriguano”) en sus misiones de Santa Teresita o P. Peña con la misma frialdad con la que ven transformarse el anuario de sus misiones nivaclé de Esteros o Escalante en la réplica onomástica de cualquier barrio urbano de Asunción. Del mismo modo los salesianos se enamoraban de *José Ikebi* en la misión de María Auxiliadora pero no entronizaron nunca un apellido indígena en sus misiones o “pueblitos indios” de Puerto Casado o de Fuerte Olimpo. Y no de otro modo los pastores evangélicos arrasaron la onomástica chamacoco en el Alto Paraguay mientras soportaban la onomástica ayoreo al norte de las colonias menonitas. Se trata pues de un actor determinante en el despliegue de un nuevo régimen onomástico, pero no tanto en la formación de sus paisajes particulares. No hay algo como un “paisaje oblatos” y un “paisaje salesiano” que resulte de sus distintas estrategias de evangelización.

Mucho más delicado es intentar comprender la formación de esos paisajes a partir del sustrato étnico o de los grupos indígenas específicos que pueblan el Chaco. Por un lado, porque esos “grupos” no son algo natural con cuyo límite se tope uno de pronto, caminando por las selvas, sino también en parte el resultado de la acción reduccional desplegada tras la guerra. No existía algo como una “comunidad tomaraho” antes de la guerra (*tomaraho* quiere justamente decir, *dispersos* o *repartidos*).¹ Pero por otro lado, porque sería muy frágil

1. Richard 2008c.

intentar explicar desde este punto de vista el por qué, por ejemplo, grupos nivaclé y grupos maká, es decir grupos geográfica, cultural y lingüísticamente íntimamente ligados, participan pues de paisajes onomásticos distintos, el primero organizado sobre la vastísima onomástica hispanoamericana y el segundo a partir de un stock de nombres étnicamente diferenciado. Lo mismo puede decirse de los grupos ishir tomaraho de más al interior y de los grupos ayoreo más meridionales: mismas particiones clánicas, misma sociología variable por estaciones, mismo horizonte lingüístico, mitológico y tecnológico y sin embargo, habrá que buscar mucho para encontrar una cédula de identidad tomaraho en la que vaya inscrito un nombre en tomaraho. Sin duda un paisaje onomástico florece sobre un sustrato específico y no se le podría entender fuera de sus determinaciones y de su pragmática local.¹ Solamente, ésta no se define y su territorialidad no se organiza según las determinantes etnológicas ni lingüísticas comúnmente vehiculadas. No hay nada, a priori, en tal o cual grupo étnico que le predisponga hacia tal o cual forma de onomástica. Otra cosa es la acción de la gente, por supuesto, y las circunstancias sociales, económicas y políticas que permiten a determinado actor, en determinada coyuntura, torcer la regla. Así pues, estos paisajes florecen o se organizan sobre un sustrato y bajo un régimen, en ese frágil espacio que queda en el medio, literalmente entre medio, a misma distancia de los nombres que sueña del abuelo y de aquellos que exigen la policía y la administración.

Muchísimo más determinante en la formación de esos paisajes nos parece ser la posición de esos grupos en relación al frente capitalista extractivo y sus aparatos de producción. Tomemos nuevamente un argumento negativo, aquél que refiere al segundo paisaje identificado, el de los grupos ayoreo o maká: *José Ikebi, Mateo Sobode, Andrés Chembei...* En efecto, cabe constatar que, por razones y con trayectorias distintas, ayoreo y maká son los dos principales grupos del Chaco boreal que escaparon al trabajo en los ingenios azucareros de Orán y Tartagal o en los puertos tanineros sobre el río Paraguay. En el caso ayoreo, porque habitando una zona bastante más aislada su inscripción en la órbita estatal es más tardía, cuando ambos ciclos industriales ya han entrado en declive y la mano de obra es menos necesaria (a partir de los años '60 o '70). En el segundo caso, los grupos maká sellaron una alianza de primera hora con el ejército paraguayo que durante la guerra les fue retribuida con tierras en las afueras de Asunción y una próspera carrera artística (actuaron en el Teatro Municipal de Asunción y en la exposición rural de Buenos Aires, rodaron películas con Armando Bo),² que les eximió del trabajo de hacheros o zafradores. Y es quizás porque escaparon a las máquinas de producción azucarera y taninera que cada uno de estos grupos pudo volverse un símbolo o un tópico en el imaginario paraguayo de la indianidad. Aquellos, como los feroces moros que nomadizaban el interior virgen del Chaco, en estado de “aislamiento voluntario” según la terminología actual, imagen virginal, temible e incontaminada. Éstos, porque ya en la década del 40' representan sobre los estrados de Asunción a los “Indios

1. Villar & Bossert 2004.

2. Braunstein 2003.

del Chaco” en general y esa sinécdoque fundante se perpetúa hasta hoy en los festivales folklóricos, en las recepciones diplomáticas, en el aeropuerto y en las plazas de Asunción. Los “indios del Chaco” son los maká. Como sí, entonces, en ambos casos, liberados del aparato productivo industrial hubiesen encontrado el tiempo para significar. Esto quiere decir también que en el Chaco, los paisajes del nombre están en relación con el trabajo.

A decir verdad, con el modo en el que esos frentes productivos industriales organizan el par producción/reproducción. En el primer caso señalado, sobre el Pilcomayo, se trata de grupos que trabajaban varios meses por año en las plantaciones e ingenios azucareros de Salta y que viven replegados el resto del año en las misiones oblatas (a ochocientos kilómetros de ahí). El segundo caso, maká y ayoreo, trata de grupos que, sin haber trabajado en el frente industrial extractivo fueron reducidos en reservas o en misiones. Por último, en el tercer caso estudiado, en la periferia de los puertos madereros, la situación se haya invertida pues se trata de grupos que sí se implicaron fuertemente en el frente industrial, pero que no fueron reducidos a misión o reserva. Los primeros se implican en un aparato de producción (que los individualiza y nombra) y en un aparato de reproducción (que les reorganiza familias y parentelas). Los segundos escapan al aparato de producción industrial (y pueden entonces llamarse como quieran) pero quedan inscritos en el aparato de reproducción (que los obliga al código nombre.apellido). Los terceros en cambio participan del aparato de producción (fuente inagotable de nombres) pero escapan a la normalización sociológica y parental de los misioneros (de donde esta irrealidad e incongruencia de los nombres, este asunto de que no sirvan para reproducirse). Aunque esta simplificación parezca excesiva, podríamos decir que quien trabajó en el frente industrial y se crió en la misión se llama Francisco González, quién no trabajo en la industria y se crió en la misión se llama *José Ikebi* y quien trabajó en la industria pero escapó a los misioneros se llama *Palacios-Vera-Orpa-Letra*.

No sólo pues esos paisajes del nombre resultan y a la vez anuncian la configuración local de las relaciones de trabajo y reproducción física y social, sino también, quizás, en cada uno de esos casos el nombre no cumple la misma función, o no la cumplía al momento de desplegarse el nuevo régimen. En el primer caso se trata de dislocar y anonimizar a unos sujetos, pero inversamente, desde el otro punto de vista, funciona también como técnica de camuflaje: ya a principios de siglo Nordenskiöld (1919) constataba cómo algunos nivaclé se hacían pasar por wichís para mejor acercarse a los ingenios y no de otro modo transitan hoy en día familias nivaclé paraguayas por la administración argentina. En el segundo caso, se trata al contrario de reunir y de distinguir a través del nombre. Un apellido nativo es en realidad dos nombres en uno, el propio y el del grupo. Tiene la función inversa, territorializa simbólicamente al sujeto, pero también, porque lo distingue o lo anuncia, de algún modo lo universaliza. En el tercer caso, tras esos nombres pulsa la obsesión del coleccionista –*Boggiani, Frič, Estigarribia, Pallá...*–, de aquel que captura, recoge o intercambia nombres con fascinación estética, con estilo pero sin sistema, más con estilo que con sistema. Por supuesto, nada de esto es suficiente, todo es muchísimo más abigarrado que lo que hemos podido

aquí simplificar y es apenas si divisamos este nuevo régimen y sus paisajes. Si el nombre es el trabajo, pues, ¿qué pasa con las mujeres? ¿y con los niños? ¿Y qué pasa con todo el enorme universo de cosas que también cambian o superponen sus nombres? ¿Los lugares, los perros y los dioses? ¿Cómo se encastran, articulan y organizan este nuevo régimen de nombrarse la gente y las otras tantas nuevas formas de nombrar las cosas, los grupos¹ y los lugares? Palacios Vera recordaba siempre este asunto: hasta entonces, los tomaraha no sabían que vivían: *en el Chaco*.

1. Richard 2011a.

